



EL CABALLO DEL CENTURION.

I.

Allá, hace unos cien años, á principios del siglo que todos hemos visto morir, y que vió nacer nuestra Independencia, sucedió lo que voy á narrar.

En aquella época, y en los pueblos principalmente, las ceremonias de la Semana Santa se hacían de una manera gráfica, para impresionar los sentidos de los sencillos é ignorantes indígenas y hacerles comprender medianamente los sufrimientos que pasó Nuestro Señor para hacer nuestra redención.

Esas costumbres, introducidas por los primeros misioneros, les ayudaron no poco en su obra de evangelización, y subsistieron durante siglos, hasta que habiendo degenerado, fué necesario prohibirlas, no consiguiéndose aún que en ciertas comarcas estén del todo suprimidas.

Pero en los tiempos de que me ocupo aún se conservaban en toda su inocencia y sencillez primitivas.

Fama tenía la Semana Santa que se celebraba en un pueblo de las cercanías de Maravatío, por la suntuosidad de sus ceremonias, suntuosidad que aumentaba de año en año por el cuidado que tenían los Párrocos de que su iglesia conservase esa fama y atrajese durante los días santos el mayor número posible de fieles de las rancherías y poblaciones circunvecinas.

CAPILLA ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Entre las notabilidades que el pueblo ofrecía en esa época, era una de las primeras, si no la principal, la ceremonia de la lectura de la sentencia de Jesús hecha por el Centurión romano; y no por otra razón sino por la habilidad del caballo que montaba aquel personaje.

Regalo de un rico ranchero de las inmediaciones, el caballo, que era valioso y arrogante, había sido perfectamente amaestrado por su antiguo dueño, y en cuanto escuchaba el redoble de los tambores que anunciaban la lectura de la sentencia, el blanco animal empezaba á caracolear y á seguir con acompasados movimientos el sonido de los parches.

El jinete procuraba ayudarlo en esta tarea, y era de ver el primor con que el bruto, sin salir de un reducido espacio de terreno, bailaba á más y mejor hasta que se perdía el último eco de los redobles.

Acabada la Semana Santa, el caballo permanecía el resto del año en las caballerizas del Curato, perfectamente cuidado y atendido, y apenas era montado alguna que otra vez á la semana para que no se "so- brase" demasiado, por el Cura ó el sacristán.

II.

Aconteció por entonces que el grito dado en Dolores por el Cura Don Miguel Hidalgo, al repercutir en todos los ámbitos de la Colonia, entusiasmó á innumerables personas é hizo que multitud de jóvenes dejaran sus hogares para engrosar las filas de la revolución.

Juan, el sacristán del Curato del pueblo aquél, al tener noticia de los triunfos de los caudillos independientes, sintió bullir su sangre de veinte años, y habíase incorporado al ejército de Hidalgo, á su paso por Maravatío, si la enfermedad de la autora de sus días no lo hubiese retenido á la cabecera del lecho de la enferma.

Pero muerta ésta luego, y sabiendo á poco Juan que Rayón se encontraba en Zitácuaro con el objeto de fortificarse en la Vi-

lla, ya no vaciló más y una noche oscura de Diciembre, dejó su habitación del Curato y con infinitas precauciones, para no ser sentido, fué á la caballeriza, ensilló el caballo del Centurión y salió al campo, incorporándose al día siguiente al ejército del jefe insurgente.

Al principio todo fué bien para el novel soldado, y como buen jinete que era, empezó á ser distinguido por sus superiores en el servicio de exploración.

Pero no tardó en presentarse Calleja frente á Zitácuaro con sus terribles tamarindos, y entonces empezaron los trabajos para el ex-sacristán, que aún no había probado los sinsabores de la vida de campaña.

El día del ataque á la Villa, Juan, que por primera vez oía silbar las balas en sus oídos, conservaba á duras penas su serenidad, y en el momento en que se declaró la derrota de los independientes se encontró entre la retaguardia del ejército insurgente.

El caballo famoso habíase portado hasta entonces sin reproche, pero en el momento en que escuchó bastante cerca el redoble de los tambores del ejército realista, creyó que era llegado el momento de lucir sus habilidades y púsose á bailar y á caracolear, ni más ni menos que como lo hacía en las solemnidades de la Semana Santa.

En vano Juan le hincaba las espuelas para hacer cesar las piruetas y obligarlo á correr en pos de los independientes, que á gran prisa se iban alejando.

El caballo tal vez creía que se le excitaba así para que bailara mejor, y á pesar de las angustias de Juan, no salía de un lugar al oír que los redobles continuaban cada vez con más fuerza.

Los realistas se acercaban á paso de carga y poco faltaba para que estuvieran cerca del ex-sacristán, que sabía perfectamente que aquellos en el primer momento y excitados por la victoria sólo se ocupaban de matar y herir, sin hacer prisioneros.

En tan críticos momentos, Juan, renegando de la hora que se le ocurrió escoger para caballo de batalla aquel animal, sólo acostumbrado á bailar, se apeó de él, y con-

fiando su salvación á la ligereza de sus piernas, echó á correr en pos de los independientes, no sin que los realistas le disparasen algunas balas, que por fortuna no le tocaron.

El caballo, que aun sin jinete seguía bailando, quedó como botín de guerra en poder de un jefe del ejército de Calleja, que pagó cara su adquisición, pues por las mañan del solipedo quedó gravemente herido en el sitio de Cuautla.

Juan el sacristán quedó tan pagado de los caballos, que en adelante, aunque siguió las banderas insurgentes, prefirió militar en la infantería.

ALEJANDRO VILASEÑOR Y VILLASEÑOR



EL PRIMER SACERDOTE AJUSTICIADO POR LOS ESPAÑOLES.

Hemos oído repetidas veces que el Cura Matamoros, antes de que fuese fusilado, ya sus verdugos habían querido ahorcarle, por medio de la horrible "mascada" de hierro. Consistía esta mascada en una especie de argolla, del diámetro aproximadamente del cuello humano, que fija á una viga vertical, reducía dicho diámetro, al hacer funcionar un tornillo, hasta causar la estrangulación.

Lo que sucedió en esto fué que "se ha confundido" al ilustre Cura de Janteteleo con el "Padre Salto." Este eclesiástico, probablemente michoacano, fué ejecutado el año de 1811 por el feroz Torcuato Trujillo, especie de tiranuelo que durante largo tiempo hizo sufrir á Valladolid los horrores de un carácter despótico y sanguinario. Los pormenores del suplicio que un caracterizado testigo ocular, el señor Manuel Montañón, nos refiere, fueron éstos:

El "Padre Salto," que había hecho armas contra el Gobierno español por la Independencia de México, fué aprehendido al Occidente de Michoacán; y preso en el "Correcional" de Morelia, se le formó un proceso inicuo. Fué sentenciado á sufrir la pena de garrote vil.

La historia, al recoger ahora el nombre de este mártir ignorado, habrá de consignar en sus fastos esta curiosísima circunstancia: el "Padre Salto," uno de los primeros patriotas mexicanos que vino á fecundar con su sangre el árbol de la Libertad, fué "el primer sacerdote ajusticiado de orden

“del Gobierno español, por haber defendido la causa santa de la Independencia de México.”

El nombre del insigne clérigo, por circunstancia tan dolorosa, “debe ir á la cabeza del catálogo sangriento” de nuestros mártires.... La víctima salió del Correccional, perfectamente escoltada. Frente á la casa que es hoy del señor Lic. Manuel Oviedo Alzúa se había levantado el patíbulo. Ese portal, en la actualidad llamado de “Hidalgo,” en aquel entonces era conocido por el “Portal de Guadalupe.”

Allí formó cuadro la tropa. El infeliz “Salto” ocupó el triste lugar que le correspondía. La argolla de acero aprisionó su garganta. A la seña del Fiscal, el verdugo hizo girar el tornillo: el madero se estremeció á las convulsiones espantosas del ajusticiado.... Hubo que empezar de nuevo.... porque la víctima se presentaba rebelde á la muerte. Así pues, el tornillo, después de haber sido aflojado, volvió á girar, produciendo un pavoroso chirrido.... El rostro de “Salto,” empapado por copiosísimo sudor, se puso negro, e blanco de sus ojos, que casi le saltaban de las órbitas, se dejó ver por completo.... Entonces sucedió una cosa indescriptible: la argolla de hierro, como impotente para agobiar aquella naturaleza de león, se rompió en dos pedazos. El “Padre Salto,” moribundo casi, cayó en medio de las convulsiones más horribles; pero su vida no se extinguía; no parece sino que se aferraba á la tierra, donde se habían menester más que nunca héroes y soldados!

El espectáculo no era para que fuese presenciado sino por corazones de bronce. En muchos semblantes se pintaban á la par que la emoción el más profundo pavor.

Trujillo, subyugado en su ferocidad, hizo imperiosa seña á uno de sus soldados. El dragón adelantó, y apuntando al acaso, descargó su arcabuz sobre el corazón del primer sacerdote, mártir de la Independencia de México.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.



UN RASGO DE TRUJILLO.

I.

Era Don “Torcuato Trujillo,”—Comandante militar de Valladolid,—señor de vidas y haciendas en toda su aterrorizada comarca: por quitame allá esas pajas, despachaba pichones, que no pájaros de cuenta, al otro mundo. Si cuando al año siguiente, quiere decir, el 24 de Diciembre de 1812, que marchó para México cargado de crímenes y dinero, según dice Bustamante, no repicaron los vecinos, fué por temor de que Trujillo, en un rapto de indignación, se quedase.

Cuando el horrendo suplicio del “Padre Salto,”—el primer sacerdote ajusticiado por los españoles, según reza la tradición, al iniciarse la guerra de Independencia,—en momentos en que la argolla de hierro quedó inutilizada y la víctima se retorció con desesperadas convulsiones, de entre los espectadores hubo de salir una anciana indignada, frenética, y con lágrimas en los ojos.

—“¡Malditos!—dijo á los soldados,—allí está la mano de Dios. Sobre esta tierra que la sangre acaba de empapar, maldita ya como los verdugos, no volverá á llover nunca!”

Trujillo, al oír el acento de convicción de aquella mujer, que con su aire trágico tuvo el aspecto de una pitonisa, no pudo disimular un movimiento de terror.

—“¡Aprehended á esa bruja,”—balbutió con turbación.

La mujer fué sujeta por los brutales sayones. De allí la trasladaron á la Cárcel de Mujeres, plazuela de las Animas. No hay que olvidar que era triste teatro de estos sucesos la histórica Valladolid.

II.

Pasaron “muchos” meses, y por el “crimen” que hemos narrado, la anciana vió aumentar el copioso caudal de los hilos de plata que eran aureola á su frente y que pareció tomaron más brillo al soplo del infortunio.

Una mañana, para tranquilidad de la bien negra conciencia de Trujillo, el cielo amaneció encapotado.... A poco, el más copioso aguacero refrescó las áridas callejas de la noble Valladolid.... ¡Al fin llovió! Trujillo daba cada salto de alegría, que á ser más frágil el piso, se hubiera hundido en la tierra, si bien esta desgracia, que fausto suceso sería entonces aun para más de un español ricacho, lamentable la habían de juzgar los amigos de ejecuciones y alcaldadas....

Pero ni Trujillo se hundió y sí seguía lloviendo que era una bendición. De improviso, el tiranuelo pareció recibir una inspiración no se sabe si de lo alto ó de lo bajo, pues, por hechos que guarda la historia, muy sospechoso en sus relaciones con todos los demonios del infierno ha venido á ser el tal soldadote.

Lo averiguado del caso es que él dió ciertas órdenes entre risas y fiestas que hicieron temblar á sus mismos sicarios. Uno de ellos, en marcha apresurada, tomó el camino de la reclusión de mujeres. Entonces llovía más que nunca: á cántaros.

Vióse, pocos momentos después, frente al edificio citado, el espectáculo más singular: una pobre vieja, perfectamente sujeta, y á la que con fina atención colocó su guardián debajo de una canal, ó dicho en buen romance, debajo del grueso chorro de la

agua, que con armonioso estrépito se precipitaba por la susodicha canal....

Era nuestra pitonisa. Ella se retorció, gimió, aulló, pero no hubo remedio: bien limpieta se fué á su casa. Después de aquel baño forzoso, recobró su libertad.

Y un rasgo tan sólo es éste, del “buen” Trujillo, motivo justo por que los contemporáneos no tendrán empacho en corroborar que el diablo ni envidia le tuvo.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.